



Con igual cadencia que las golondrinas que año tras año alegran y ensucian nuestro balcón vuelve el Rastrillo ese del Nuevo Futuro con alegre revoloteo de señoras de visión, de marquesas sonrientes, de tiernas damas de la gran sociedad dispuestas a que no haya más injusticias en España. Un festival de consolas de palo santo, de bargeños con taraceas de nácar, de tresillos de palo de rosa, de cachivaches historiados. Hay que ver lo que puede la caridad cuando esta virtud teológica anida en pecho de noble dama. Las mujeres de nuestros altos ejecutivos y poderosos industriales se han propuesto que en el país no haya un solo niño sin hogar

LA REVOLUCION SOCIAL DEL RASTRILLO

y lo van aconseguir aunque sea vendiendo a un antepasado con bigote pintado al óleo por Esquivel. A un servidor eso de sacar niños del asilo mediante bargeños le gusta mucho; a uno le encantaría vender el retrato de su abuelo para aliviar el futuro tenebroso de un chaval para que también pudiera gozar de un pisito con salón-estar-comedor con calor de hogar y que en lugar de irse al descampado de las afueras a dar el timo de la estampita se quedara viendo Kung-Fu. Eso de recuperar niños perdidos

está muy bien y debe ser un orgullo para un corazón aristócrata. Pero hay una forma más rápida de hacerlo, como prueba este silogismo en bárbara.

Si una marquesa vende una consola Luis XVI resuelve el futuro a dos niños y medio. Si a esa marquesa le expropián un latifundio de diez mil hectáreas, ¿a cuántos niños podrá resolverles el futuro? Esta regla de tres simple se soluciona despejando la incógnita de la dichosa marquesa.

Por lo demás todo muy bien. Entrar en el Rastrillo es una delicia porque

se ve revolotear la dulce pájara de la caridad de pecho en pecho, de bolsillo en bolsillo; se ve un alborozo teológico, un verdadero empuje de revolución social y a las señoras de alta alcurnia en trance de salir a la calle a formar barricadas mientras un horizonte de llantos pueriles se cierne sobre los tenderetes de cacharros carísimos. Las ilustres damas de nuestra buena sociedad con esto del Rastrillo benefactor disfrutan más que un tonto con una tiza. Para cualquier español bien nacido constituye un verdadero gozo contemplar esta revolución dinámica que resuelve el futuro a golpe de bargeño. Felicidades y enhorabuena.

MANUEL VICENT

